den á demostrar la grandeza, el poder y la bondad del Soberano Creador de todas las cosas; pero otorgando su poderoso apoyo á los trabajos del espíritu, las pone en su lugar, inferiores á *esta ciencia* que nos viene del Espíritu Santo; porque el Evangelio nos enseña, que *una sola cosa es necesaria, salvar el alma.* El talento de esta ciencia no se aprende en las escuelas, nos viene de lo alto, y lo recibimos con el sacramento de la confirmacion: tambien este conocimiento del camino que conduce al cielo, se encuentra frecuentemente en el centro de los campos, bajo el bálago de las cabañas, donde habita y trabaja el labrador. Sí, frecuentemente se hallan en estos pobres lugarejos, mujeres encorvadas bajo el doble peso del trabajo y de los años, y labradores llenos de canas, que sabiendo apenas el *Padre nuestro* y el *Ave María*, poseen sin embargo, esta ciencia. ¿Y quién se las ha enseñado? ¡Oh Dios mio! El catecismo de los niños, la plática de su cura, y la gracia del Espíritu Santo. Olvidaba que los sufrimientos, y sobre todo, la miseria, habian sido para ellos como dos maestros rudos y severos, cuyas lecciones no han sido vanas. En sus pruebas habrán rogado, y sus plegarias al Dios de los sufrimientos, habrán hecho descender sobre su alma la resignacion, y la sumision á la voluntad del Señor, les habrá ganado esta ciencia de salud.

Un ejemplo que prueba que las almas sencillas y los corazones puros reciben con preferencia á otros el *don de ciencia*, es este, que ocurrió un dia al venerable obispo de Perpignan, Monseñor Flammenville. Una pobre jardinera habia venido á encontrarle en la comunidad de San Sulpicio; allí se empeñó entre el sabio prelado y la paisana una conversacion religiosa, y en todo lo que decia la jardinera, habia tal sublimidad de pensamientos, que el prelado asombrado y lleno de admiracion, escribió palabra por palabra la paráfrasis que esta buena y piadosa mujer acababa de hacerle del *Padre nuestro.*

Nos ha parecido tan admirable, que trasladamos aquí algunos pasages, sin embargo de encontrarse en algunos libros devotos,

I. *Padre nuestro, que estás en los cielos.*

"¡Soy demasiado feliz, Dios mio, en gozar la dicha de teneros por padre, y mi alegría es estrema, soñando que el cielo puede ser algun dia mi morada! ¡Hacedme la gracia, Dios mio, de no dejarme desmerecer del carácter de vuestra hija; no permitais que haga cosa que me prive de tan gran dicha!"

II. *Santificado sea tu nombre.*

"¡Dios mio: yo no soy mas de una pobre mujer, y por consecuencia fuera de estado de poder por mí misma santificar vuestro santo nombre: pero deseo con todo mi corazon, que sea santificado por toda la tierra!"

III. *Venga á nos ese tu reino.*

"Yo deseo, mi Dios, que reineis en mi corazon, por vuestra bondad, para que pueda reinar eternamente con vos en la gloria."

IV. *Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.*

"¡Dios mio! me habeis condenado á ganar mi vida con el trabajo de mis manos: acepto, señor, esta desgraciada condicion, y no la querré cambiar por otra, contra vuestra santa voluntad."

V. *El pan nuestro de cada dia, dánosle hoy.*

"¡Dios mio! Os pido tres clases de pan: el de vuestra divina palabra, para aprender lo que debo hacer: el de la santa Eucaristía, que fortifique mi alma; y el que me es necesario para alimentar y sostener mi cuerpo; y os prometo, mi Dios, que despues de haber tomado el que me es necesario, dar el resto á aquellos que puedan tener necesidad de él."

Preguntamos, pues: ¿la inspiracion divina, no se muestra toda radiante en esta oracion, y un sabio doctor en teología, pudiera demostrarnos mejor que esta labriega, todo lo que contiene la divina oracion que nos ha dejado nuestro Señor Jesucristo....?

Ya que me he puesto á citar ejemplos de fé, recogidos como las flores campestres, lejos de la corrupcion de las ciudades, no cometeré la ingratitud de negar mis recuerdos á las pueblos católicos, que tengo elogiados y ensalzados en mi juventud. En tiempos de revolucion, nada es mas difícil que hacer uno su deber; porque es difícil saber, en medio de la turbulencia general de los espíritus, lo que es el deber. ¡Pues bien! Cuando todo el resto de la Francia caía en los vértigos y el delirio, nuestros paisanos vandeanos y bretones, simples y puros en su ignorancia nativa, merecieron ser iluminados y guiados por el don *de ciencia*, porque comprendieron al momento cual era su deber, y en el acto se armaron para defender los altares de su Dios y el trono de su rey.

Don de piedad. "Ejercitaos en la piedad, porque los ejercicios corporales sirven de poco provecho; mas la piedad es útil á todos; y á ella están prometidos los bienes de la vida presente y futura." (1)

Leemos en el Eclesiastes: "La piedad guarda el corazon; lo hace justo, y le da la alegría y un dulce placer." El mismo escritor inspirado llama á la piedad, cultura de Dios, *cultura Dei*, y continúa: "Haced todas vuestras acciones con dulzura, porque la dulzura es mas amable, que todo lo que hay de mas amable entre los hombres.

"Las palabras dulces multiplican los amigos y savizan los enemigos.

"El señor lo ha hecho todo; y da la sabiduría á aquellos que viven en la piedad."

Podria prolongar mucho estas citas de los sagrados libros, que abundan en elogios del don de piedad; pero me privo de este placer, porque todo hombre que ha envejecido en el mundo, entregado á sus agitaciones, inquietudes y zozobras, cuán en poco tiene la sociedad que promete á los que se entregan en cuerpo y alma á sus seduccioues: les ofrece alegría y placer, y no les da mas que engaños, y fraudes: contra esas inquietudes y zozobras, ha sido necesario que la pobre alma agitada, traqueada, atormentada por ese incesante flujo y reflujo de un mar dominado por todos los vientos de las pasiones; ha sido preciso, repito, á esta alma inocente y pura, un punto de reposo, un lugar de refugio..... En la calma y la quietud que se encuentran bajo los brazos siempre abiertos de Jesucristo, es donde solamente puede gozarse de la paz que ella busca.

(1) San Pablo, I. Timot. cap. IV. v. 7 y 8.

Al pié de la cruz es donde vive y ruega, cree y espera la dulce y sufrida piedad; de este verdadero lugar de refugio, es de donde se elevan mejor que de otras partes, sus fervores; pretensiones y plegarias.

Allí, el alma ferviente y cristiana, no es perturbada por los vanos ruidos del mundo; y si acaso percibe algunos lejanos rumores, no son sino el murmullo de las olas que se percibe desde el puerto en que estamos seguros.

Toca á otro mejor que á mí, referir las inefables delicias y alegrías celestes que saborea el alma piadosa en sus íntimas conferencias con Dios. ¡Ah! ¡Quién es capaz de pintar los goces puros de la inocencia! Nadie hay en el mundo tan elevado que describa la bondad de los ángeles; no es dado al ciego alabar la brillantez de la luz; ni al sordo, que pueda repetir los armoniosos conciertos del cielo. Empero, de los mismos santos á quienes su ángel de guarda ha conducido á las fuentes de aguas vivas, aquellos que por sí mismos han probado los bienes que ellas hacen al alma, y el reposo que dan al espíritu, y que han pintado la piedad de ellas y sus escritos, es donde voy á tomar los rasgos que la harán mejor conocer y amar.

Ella ama el recojimiento y busca el silencio; y cuando se crea una soledad, se goza, descansa en ella, y habla á Dios, que la ve y la oye. Para ser bien escuchada, para ser bien acojida, habla en nombre de Jesucristo, y su palabra está en su boca.

Ella no se contenta con ofrecer á Dios una fé estéril, sino que agrega la ofrenda de su corazon contrito y sufrido. Ella, no solamente quiere seguir al divino Salvador, sino alcanzar la gloria del cielo, despues de haber pasado y compartido los oprobios y dolores del Hijo de María.

Ella se coloca siempre *en medio de los herederos de Jesucristo* (1), porque Jesus, dejándose crucificar por el amor de los hombres, nada dejó en este mundo á sus verdaderos hijos, mas que la cruz; es decir, ¡sufrimiento y dolor!

En la noche como en el dia, el alma piadosa repite á Dios: "Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha. Vos sois el que teneis, el que dais la vida eterna: hablad."

Despues, oye palabras llenas de dulzura, que sobrepasan infinitamente la ciencia de todos los filósofos y sabios del mundo; palabras que penetran en su corazon, como las gotas de una lluvia bienhechora en la tierra abrasada por el estío.

(1) San Cipriano.

Ella esclama con amor, dirigiéndose al Todopoderoso: "¡Vos sois mi gloria y mi alegría! ¡Vos mi esperanza y mi refugio! ¡Oh, quién me diera alas para volar hácia vos!"

"La piedad vuelve ligero todo lo que ecsiste de mas pesado, y soporta con igualdad todas las tribulaciones de la vida. Quiere ser despojada de todas las afecciones mundanas, para que no la retengan lejos de las miradas del Señor: sabe que los que repelen los placeres de la tierra, reciben los dones del Espíritu Santo! (2)"

La piedad no se alimenta solo de meditaciones y de plegarias; no está siempre de rodillas, porque mezcla las obras de la caridad á las oraciones: así se ve á aquellos que le están consagrados, constantemente en los lechos donde el sufrimiento y la miseria hacen sentir sus gemidos y llantos. Despues de Dios, lo que mas ama la piedad es el prójimo, y corre á este prójimo pobre y desnudo del todo, como á Jesucristo mismo. Cuando va así donde la llama el dolor, lo hace secretamente, porque se acuerda de las palabras del Evangelio: (3) "Guardaos de hacer vuestras buenas obras ante los hombres para que sean vistas; de otro modo, no recibireis la recompensa de vuestro Padre en el cielo."

La piedad no da solamente á los necesitados y enfermos á quienes va á visitar, los alimentos y remedios que la necesidad ó su adolescencia reclaman, sino que tiene para los que prueban la miseria y el dolor, palabras de fé y de esperanza, que alivian á los pobres y á los que mas sufren, y ayudan á los moribundos á pasar á la region eterna. Ama la paz de su oratorio, pero no puede permanecer allí, cuando la llaman el sufrimieutó y la miseria; porque es hermana de la caridad, y jamas lo olvida. Despues de sus buenas obras, reposa; mas la plegaria es su mejor y mas dulce reposo.

La piedad no es austera mas que para sí misma: para todo lo que le rodea, es apacible y llena de benevolencia; no la espantan los placeres inocentes; antes bien sonrie con ellos y los fomenta.

"Hijo mio, dice en el libro de los Proverbios, no olvideis mi ley, y guarde vuestro corazon fielmente mis preceptos; porque en ellos encontrareis la longevidad de dias, y multiplicacion de los años de vuestra vida. No os abandonen jamas la justicia y la misericordia, no; la confianza en Dios llene vuestro corazon. Creed en el Señor, y alejaos del mal; y vuestra carne será sana, y el riego de un jugo saludable penetrará hasta vuestros huesos. ¡Feliz aquel que ha encontrado *la piedad;* porque el fruto que de ella se obtiene, es mas escelente y precioso, que el oro mas puro y fino!

"La piedad es para el alma un manantial de luz. La esperiencia demuestra que es para el entendimiento, lo que la claridad para la vista; disipa las tinieblas y las nubes. La alegría, la calma que acompañan la inocencia, dejan al espí-

(2) Imitacion de Jesucristo.
(3) San Mateo.

ritu toda su actividad: jamas se eleva mejor, que cuando está sostenido por el testimonio de una buena conciencia; y si ecsisten miras sublimes, ideas verdaderamente grandes, sentimientos nobles y generosos, es sin duda á una alma pura, á una alma piadosa á quien pertenece concebirlos, darles el ser y ponerlos en accion.

Don de creencia. Este don del Espíritu Santo, es el *principio de la sabiduría.* La creencia que nos da, es para no ofender al Señor: este sentimiento de respeto y amor hácia Dios, nos hace conocer que no hay mayor desgracia, como la de ultrajar su divina Majestad. Esta creencia que todo cristiano debe desear, en nada se parece al temor que oprime el corazon y hace doblar la cerviz ante los poderosos de la tierra: los mártires tenian en el alma, la creencia en el Señor, y por eso no temblaban ante los tiranos, ni ante los verdugos.

David, en sus inmortales salmos, esclama (1): "Señor, cuantos bienes y dulzuras habeis reservado á aquellos que creen en vos, los habeis preparado para los que esperan en vos, á vista de los hijos de los hombres."

"Los ocultareis en el secreto de vuestra presencia, contra las tribulaciones de los hombres.

"Los protejereis en vuestro tabernáculo, contra las lenguas mordaces."

Despues continúa el profeta rey:

"Creed en el Señor, vosotros, los que sois sus santos, porque nada falta á los que creen en él.

"La creencia en el Señor (2) va acompañada de gloria y alegría.

"El que cree en el Señor, será feliz hasta el fin de su vida, y bendecido el dia de su muerte.

"La creencia del Señor, santifica la ciencia.

"La creencia de Dios, es la plenitud de la sabiduría, que lleva sus frutos con abundancia.

"La sabiduría detesta el pecado.

"El que no tiene creencia no puede llegar á ser justo.

"El que cree en el Señor, honra á sus padres, y será como los señores que le han dado la vida.

"Los que creen en el Señor, tendrán cuidado de preparar sus corazones, y santificar sus almas en su presencia.

"Los que creen en Dios, guardarán sus mandamientos, y mirarán con paciencia hasta aquel que fije en ellos los ojos, diciéndoles: "Si no hacemos penitencia, no caerémos en las manos del Señor, sino en las de los hombres.

"La sabiduría y la ciencia serán las riquezas de la salud, y la creencia del Señor será el tesoro (3)."

Este don de la creencia en Dios, es tan precioso é indispensable á la salvacion, que bien hubiera podido estender mas mis citas; porque la Escritura Santa ofrece, en muchas de sus páginas, los elogios y recomendaciones que se han citado. Para tratar debidamente las materias religiosas, es mejor recurrir á los libros sagrados, que tratar de inventar frases sonoras. Las palabras del mundo literario tienen mas ó menos mérito; pero jamas serán como los versículos de los salmos y de las profecías, humedecidos con el rocío celeste, é impregnados de la gracia del Altísimo; sin duda, aquellas encantan frecuentemente el oido, pero rara vez penetran el corazon.

(1) Salmos.
(2) El Eclesiástico.
(3) Isaías.

En otros dias, cuando el *bello país de Francia* era todavía un reino cristianísimo, he visto con mi padre y mis hemanos, las antiguas y nobles abadías, y me acuerdo que lo que hacia brotar mas los pensamientos serios en mi alma de niño, eran el claustro y sus góticas bóvedas, formando un inmenso cuadro, en medio del cual se elevaba una cruz: al pié, y en derredor de esta cruz, se estendia un huerto con sus gradas prominentes, contorneadas y guarnecidas de box: allí crecian y se esparcian las flores mas bellas y perfumadas. Los religiosos las cultivaban con amor, y jamas las regaban sino con agua clara, entibiada al sol. ¡Estas flores jamas se cortaban sino para adornar el altar, y mezclar su perfume á los olores del incienso!

Las palabras que acabo de tomar de la Sagrada Escritura, son como estas flores del claustro; vienen de Dios, y las vuelvo á Dios.

Consagrando algunas páginas á cada uno de los dones del Espíritu Santo, hemos demostrado todos los beneficios del sacramento de la confirmacion: son todavía, y serán siempre lo que fueron en el tiempo de los apóstoles. Todas las gracias invisibles que se repetian entonces en las almas puras por la imposicion de las manos, descienden hoy lo mismo, cuando el obispo ruega por nosotros, y nos marca con el crisma de la salud.

"Cuando sean llegados los tiempos, dice el Señor por boca del profeta Joël, derramaré mi espíritu sobre toda carne. Vuestros hijos é hijas profetizarán; vuestros jóvenes tendrán visiones; y vuestros ancianos viejos tendran sueños.... Y aparecerán prodigios en el cielo, y señales estraordinarias sobre la tierra."

Estas palabras del profeta de Israel se han realizado; y los cristianos de la Iglesia primitiva han visto y sentido *el Espíritu del Señor, derramado sobre toda carne*.....Entonces el Espíritu Santo se derramó por todas partes, y el rio de la gracia, como los rios de la tierra, tuvo sus avenidas, que subieron y se estendieron por todas partes.

"Habia entonces en la iglesia de Antioquía, dice San Lúcas (4), dos profetas y dos doctores, á saber: Bernabé, y Simon, que se llamaba el negro; Lucio el Cireneo; Manahen, hermano de leche de Herodes el tetrarca, y Saulo. Mientras estaban glorificando al Señor, pagándose de su santo ministerio, y ayunando, les dijo el Espíritu Santo: "Separadme á Saulo y Bernabé, para la obra á que los he destinado."

Despues de haber citado este pasaje de los Actos de los apóstoles, el Sr. Chardon, autor de la *Historia de los Sacramentos*, continúa: "Vemos aquí cinco profetas en la misma ciudad, y todavía no eran los únicos, porque la Escritura no habla como que

(4) Act. cap. XIII, v, 1 y 2.

este fuese solamente el número de aquellos que se encontrasen por entonces en Antioquía; á lo menos, siguiendo nuestra Vulgata, que dice: *In quibus &c.*, lo que significa, *entre los cuales* estaba Bernabé."

No era solamente en Antioquía donde estaban los profetas; se encontraban en cada iglesia particular. San Pablo lo atestigua así. Hablando á los sacerdotes de la iglesia de Efeso, del viaje que pensaba hacer á Jerusalen (1), les dice que su deseo era volver á aquella ciudad, aunque en todas aquellas en que habia estado, *el Espíritu Santo le hizo conocer* (*por boca de los hermanos á quienes inspiraba*), que le estaban preparadas las cadenas y las aflicciones (2). Por esto se le vió llegar á Tiro, donde como habia discípulos, dice el historiador sagrado, nos demoramos siete dias, y *repetian por el Espíritu á Pablo*, que no iria á Jerusalen. Habiendo pasado el apóstol con sus compañeros, de Tiro á Cesarea, fué alojado en casa del diácono Felipe, que tenia cuatro hijas doncellas que profetizaban. Allí vino á encontrarlos otro profeta llamado Agabus, que predijo claramente á Pablo los malos tratamientos que debia recibir en Jerusalen.

Lo que acabamos de estractar de los Actos de los apóstoles, demuestra evidentemente cuán comunes eran en aquellos felices tiempos los dones del Espíritu Santo, y por decirlo así, cuán populares, porque Dios los repartia abundantemente, no solo á los simples fieles, sino á las mujeres y sus hijas. Así San Pablo, en sus Epístolas, habla de estos dones milagrosos, como de cosas demasiado conocidas; los llama *dones del Espíritu Santo*, y algunas veces simplemente *el Espíritu Santo.*

En la primera Epístola á los de Corinto, por el año 57, *veinticuatro años despues de la pasion del Divino Salvador*, les dice: "Los dones del Espíritu Santo se han hecho conocer en lo esterior, y son concedidos á cada uno por la utilidad de la Iglesia. Uno recibe del Espíritu Santo el don de sabiduría divina; otro el don de ciencia humana. El mismo Espíritu da el don de la fé. Otro obtiene la gracia de curar las enfermedades; otro el don de profecía; otro el don de distinguir los talentos; otro el don de hablar diversas lenguas; otro el don de interpretarlas."

En esta grande y memorable época de redencion, no dejaba Dios caer el rocío de la gracia, gota á gota, como el que se escapa de las nubes para fecundar la tierra, sino que, por decirlo así, á grandes rios se repartió sobre la Iglesia naciente.

"Desde principios del siglo III, estas gracias esteriores y sobrenaturales empezaron á hacerse mas raras; pero no cesaron sin embargo: si fueron menos repartidas en la multitud, aparecieron con mas brillantez en las personas eminentes y piadosas, que (3) si es permitido valerme de esta espresion, *los honraba* por la santidad de su vida y la rigidez de sus costumbres."

Como primer ejemplar, citaré á Santa Perpetua, profetiza y mártir, cuya sangre bañó los arenales de Africa, doscientos tres años despues del gran martirio del Calvario.

(1) Act. cap. XX, v. 23.
(2) Act. cap. II, v. 4.
(3) Señor Chardon, pág. 539.

San Dionisio de Alejandría, que conoció el porvenir en las visiones que Dios le concedia para el gobierno de su Iglesia.

San Cipriano, que vivia casi tanto con los ángeles como con los hombres, sabia las cosas futuras lo mismo que las pasadas. Fué advertido por un sueño profético que tuvo, del tiempo y de la clase de su muerte gloriosa, un año antes de que sucediese, y toda la grey de este buen pastor aseguraba que Dios le revelaba las cosas mas secretas, y que su muerte se tenia por cierta desde mediados del año á cuyo fin se efectuó. *Medio nihilominus tempore*, dice Poncio diácono, *inminens passio pro certo ab omnibus sciebatur* (4).

Mientras que los dones del Espíritu Santo se derramaban así, solamente los ancianos, cargados de años y virtudes, estaban iniciados en los secretos del porvenir: San Gregorio Taumaturgo dice en cierta parte: "El Señor no cesa de hacernos sentir dia y noche, el rigor de la censura divina, porque ademas de las visiones que nos envia por las noches, los niños inocentes que viven con nosotros, están llenos del Espíritu Santo, y en sus éstasis ven, entienden y meditan este don de que Dios se ha servido favorecerme."

Por su pureza, los niños son hermanos de los ángeles. El divino Hijo de María quiso que se les dejase llegar á él, y hay en la inocencia un perfume que agrada al cielo como á la tierra, á Dios lo mismo que á los hombres.

El don de los milagros disminuyó, á medida que la Iglesia engrandecia y se consolidaba: estas gracias estraordinarias no eran acordadas por Dios mas que para conseguir el establecimiento de su reino; una vez conseguido el objeto, cesaron de ser comunes los dones milagrosos á la generalidad de los fieles, hácia fin del siglo III.—Esta gracia sobrenatural, que huye de las ciudades y asambleas numerosas, se estiende en el silencio de los desiertos: así la Tebaida se pobló de anacoretas; la soledad vió sus voces proféticas y prodigios. Estos eran los tiempos en que se veia á los grandes, á los poderosos de la tierra, abandonar sus moradas, para venir á consultar á un Pablo, á un Antonio, á un Gerónimo, entreviendo en medio de sus austeridades y maceraciones las delicias del cielo, y á veces los secretos del porvenir. ¡Amantes del retiro y de la oracion, conversaban con los ángeles cuando se alejaban del ruido que hacen los hombres!

El brazo de Dios no se ha retirado; su poder ha permanecido siempre el mismo: ¿ni quién osará decir que las fuentes de gracia del Señor están agotadas? ¿No vemos cada dia demostrarse su justicia? ¿Sus decretos de condenacion, no se escriben en grandes y gruesos caractéres en los muros de los palacios, para que todos puedan leerlos y comentarlos?

Sí, la época que atravesamos es grave, y para

(4) Pontius. *In vita Cyprian.*

no tropezar ni equivocar el camino, nos son indispensables los socorros de lo alto. Llevemos, pues, á los obispos, sucesores de los apóstoles, nuestros hijos adornados de la inocencia; pongamos sobre ellos la mano que *bendice y confirma*, para que el rocío divino descienda sobre sus tiernas cabezas. Todos los padres tienen siempre y en todos casos, un constante y ardoroso deseo de que sus hijos crezcan y se eleven adquiriendo mérito á los ojos de los hombres y de Dios. ¡Bien! Todo aquello que vuelve puro y casto, todo lo que dilata el corazon y ennoblece el alma, lo que da la calma al espíritu, todo lo que nos hace estimar y amar á aquellos con quien estamos destinados á vivir; todo lo que puede asegurar nuestra dicha en este mundo, y nuestra felicidad eterna en el otro, se encuentra en los siete dones del Espíritu Santo.

No pudiendo ser administrado el sacramento de la confirmacion mas que por un obispo, es necesariamente de mas pompa que el bautismo. Cuando un recien nacido es llevado á la iglesia para hacerse cristiano, es una fiesta para su familia, un dia de gloria bajo el techo paternal; pero cuando un príncipe del santuario sale de su ciudad episcopal para ir á repartir por las diversas parroquias de su diócesis las gracias y los dones del Espíritu Santo, esta solemnidad periódica se anuncia por un edicto, y la alegría se estiende en el camino que el prelado traza en su disposicion.

La pequeña aldea, como la villa populosa y la gran ciudad, reciben la visita del sucesor de los apóstoles, el ministro de Jesucristo, que á ejemplo de su divino Maestro, recorre el país haciendo bien. Y no olvidará que los custodios de los rebaños han sido llamados antes que los reyes á los establos de Betlehem, y se complacerá en bendecir á los hombres que riegan con su sudor la tierra que fertilizan: sí, reposará complacido en medio de vosotros, valientes y buenos campesinos, cuya ecsistencia es la de los patriarcas; vosotros, que como los hombres primitivos, os levantais antes que llegue el dia, y glorificais á Dios en su primer rayo de sol; vosotros, que vivís con la naturaleza, y veis á todas horas sus maravillas y estudiais sus secretos; vosotros, que ayudais con vuestros trabajos á las diferentes estaciones para redoblar sus beneficios; vosotros, á quienes no aturde el ruido de las ciudades, á quienes su corrupcion no contagia, que vivís directamente bajo los ojos del Criador, en medio de los prodigios de la creacion; vosotros teneis derecho al amor, al interes del buen pastor. El habitará tambien bajo vuestro techo; con vosotros, que sois en los campos como los ángeles consoladores, y como las providencias visibles: ricos, segun el corazon de Dios, como en los antiguos dias, ofrecereis una noble y respetuosa hospitalidad al digno sucesor de los apóstoles, y antes de la noche, le conducireis al mas bello aposento del castillo que habeis adornado piadosamente para él. Le llevareis vuestros hijos y vuestros nietos, y le pedireis que se digne bendecirlos en nombre del Hijo divino de María; le presentareis tambien vuestros antiguos sirvientes, porque quereis que las bendiciones del cielo desciendan sobre toda vuestra casa, como sobre vosotros mismos. Mientras que el pastor de las almas esté con vosotros, aprovechareis su presencia para que arroje sobre vosotros y sobre todo lo que os rodea, el verdadero espíritu cristiano; espíritu de dulzura y de justicia en los señores, de obediencia y fidelidad en los criados.

Cuando este espíritu entra en una familia, se asegura la paz y goza de encanto y dicha; entonces, la vista y el oido del dueño pueden abrirse: el ojo no verá, ni el oido escuchará mas que lo que está en el órden, la sumision, la caridad y el respeto; porque ante el soplo que arroja el ministro del Dios del Evangelio, desaparecen los zelos, los rencores que la diferencia de condiciones hace frecuentemente nacer en una misma habitacion; así como las nocivas nieblas y los vapores deletéreos se desvanecen y disipan ante los bellos y puros rayos del sol.

Hace ya muchos siglos visitaban los obispos las comarcas confiadas á su vigilancia paternal; y en lo que vemos en nuestros dias, encontramos tradiciones de lo pasado. En los primitivos dias del cristianismo, los Ciprianos, los Cirilos, los Euquerios, eran los mejores consoladores de los pueblos, sobre los que esparcian las divinas luces del Evangelio. En el siglo XIX es todavía lo mismo; y por donde quiera que hacen nuestros obispos su visita episcopal, dejan los consuelos, reaniman el celo de los pastores, y reparten la paz en medio de las ovejas.

El obispo, sucesor inmediato de los apóstoles, visitaba antiguamente con mucha sencillez la comarca confiada á su cuidado espiritual: era casi siempre un anciano cargado de años y virtudes, un atleta acreditado, que llevaba sobre su cuerpo las cicatrices de los tormentos que habia arrostrado en defensa de Jesucristo. Cabalgaba en un asno, como el Hijo de María; llegaba lleno de mansedumbre en medio de su rebaño: otras iba á pié, apoyándose en un baston en forma de cayado, como el hombre Dios caminaba hácia sus ovejas, con una capa blanca, ocultando en parte su hábito de pastor. Por donde quiera que pasaba era recibido con las mas señaladas muestras de respeto: grandes y pequeños, ricos y pobres, se prosternaban ante él, besaban sus sagrados piés, cantaban *Hosana*, y le saludaban con los nombres de *muy santo* y *muy querido de Dios.*

Despues de quince siglos, encontramos á la llegada de un obispo, y en su recepcion, mucha parte de esta antigua y bella poesía: el *Hosana* se canta todavía, y todavía tambien se dobla la rodilla, cuando se recibe al enviado del Señor. El baston en forma de cayado se encuentra en el báculo de oro, como emblema de las funciones pastorales, y de la peregrinacion del hombre acá abajo.

Leyendo la vida de Santa Genoveva, vemos dos obispos de Francia, San German d'Auxerres y San Lupo, caminando de este modo á cortas jornadas, atravesando el país para ir á combatir en Inglaterra la herejía de Pelagio. Por donde quiera que iban, hicieron beneficios, hallaron miserias que so-

correr, dolores que consolar, impíos que convertir, demonios que lanzar: los dos ilustres amigos se detenian, sin volverse á poner en camino, sino despues de haber pacificado, consolado y bendecido.

En la edad media, muchos de los príncipes de la Iglesia tenian mas fausto que los príncipes de la tierra; entonces no eran solamente poseedores de poderes de lo alto, y su apoyo no les venia todo del cielo, sino que pedian tambien algo al mundo: así, las visitas episcopales que hacian, no podian menos que ser muy diversas de la sencillez de los primeros tiempos: sobre todo, el prelado que partia de su palacio para ir á bendecir y evangelizar, parecia por su escolta á un príncipe entrando en campaña para conquistar; entonces tenian á su derredor mas hombres armados que clérigos, mas lanzas que cirios.

En la Iglesia de Dios, los abusos no pueden durar largo tiempo: lo que no es bueno no puede crecer, y debe morir. Así, de estos abusos que acabo de indicar, nada queda ya, y todo ha venido á ser lo que debe ser, simple y noble, religioso y tierno.

Yo trasporto mis recuerdos á 1802, época de renacimiento y renovacion. Un hijo de la revolucion de 1789, despues de haber pasado á través de los crímenes de 93, vino al fin á ruborizarse de su madre; y para cicatrizar las llagas que ella habia hecho á Francia, el jóven vencedor de Marengo (que algunos han nombrado un nuevo Ciro) volvió á abrir las iglesias, y á levantar los altares del verdadero Dios. Me acuerdo haber visto entonces á los obispos, confesores de la fé, volviendo de un largo destierro, y con una alegría mezclada de inquietud, tomar de nuevo el camino de sus antiguas diócesis: sin duda el pastor se apresura á volver cerca de su ganado.... pero cuando los lobos han dejado las selvas para descender sobre el llano, el pastor se aprocsima al aprisco, tembloroso y lleno de cuidado. Los obispos volvian de la emigracion en que habian estado hasta allí: cada uno de ellos, al aprocsimarse á su ciudad episcopal, debia sentir oprimido el corazon por el temor y la incertidumbre: ¡la muerte, agitada por la mano de los verdugos, habia hecho tan horrible siega....! ¿qué encontraria él de sus ovejas? ¿Y estas, abandonadas tanto tiempo á sí mismas, volverian á la voz de su pastor? Todas estas dudas debian entristecer el regreso á la patria.

Francia ha tenido siempre poderosos patronos en el cielo, y á pesar de las infernales doctrinas del filosofismo, no está el país tan gangrenado todavía, que haya perdido la creencia. La sangre de los mártires habia gritado *¡misericordia!* y la justicia divina se ha dejado desarmar: los trastornos, las tempestades, no habian podido desarraigar la fé del país de Clovis, de Carlo–Magno y de San Luis; y cuando el Padre comun de los fieles habló, luego que los obispos franceses volvieron á entrar en sus antiguas ó nuevas diócesis, se levantó de todas partes un grito de bendicion. Era á la vez espectáculo pasmoso y consolador, ver á todas las poblaciones de Francia correr ante los enviados del Señor y pedirles las gracias espirituales, de que tan largo tiempo habian estado privadas. Este pueblo, á quien la impiedad habia acabado por desecar el corazon, se apresuraba á refrigerarse en las fuentes de aguas vivas.

Así, apenas habian tenido los obispos tiempo de orar en sus catedrales empobrecidas y degradadas, y de tener algunos dias de reposo en sus devastados palacios, cuando les fué preciso dirigirse á recorrer los campos, y llevar á sus ovejas los dones y consuelos del Espíritu Santo.

Las huellas de la persecucion se descubrian por todas partes: las iglesias de las ciudades, como las de las villas y aldeas, atestiguaban sobre sus nuevos esteriores, en sus naves y en sus santuarios, cuán grande habia sido la rabia de los vándalos modernos. Para contristar á los sucesores de los apóstoles, no estaba solamente la destruccion en las obras materiales de nuestros monumentos religiosos: mientras las parroquias habian estado viudas de sus sacerdotes, la cizaña habia crecido en abundancia en el campo del padre de familia, y amenazaba sofocar enteramente el buen grano..... Era, pues, preciso estirpar la ignorancia de las masas populares. Los obispos venian á ser entonces como los misioneros, y los hemos visto hace cincuenta años, predicar el Evangelio á la multitud, de lo alto de los Calvarios, que la piedad bretona y vandeana, tiene costumbre de elevar en las encrucijadas de los caminos del campo....¡Oh! ¡habia allí escenas bellas que estudiar, y admirables impulsos que comprender! Toda esta multitud, hambrienta del pan de la palabra, se trasformaba á medida que los consuelos celestes descendian sobre ella. Se podia leer en los ojos y en los rostros conmovidos del gentío, que la verdad penetraba en las almas, y arrojaba la indiferencia y la frialdad. Este efecto de la gracia era palpable á la vista; se le veia como el repentino cambio producido por una buena y abundante lluvia de estío sobre las praderas y los campos desecados y quemados por largos y ardientes calores.

En los terribles dias de 1793, ecsistian en Paris y en las provincias, sacerdotes fieles y ortodoxos, que con peligro de sus vidas administraban los sacramentos del bautismo, penitencia, eucaristía, matrimonio y estrema–uncion. La impiedad revolucionaria habia hecho todo lo que dependia de ella, para evitar que las gracias sacramentales llegasen á las poblaciones que se querian corromper mas y mas, para dominarlas mejor; pero el celo apostólico de los buenos sacerdotes que quedaban en Francia, habia encontrado el medio de repartir, con ayuda de almas piadosas, los tesoros y beneficios de Jesucristo, á pesar de las amenazas de proscripcion y muerte.

No habia podido ser lo mismo para los sacramentos de *órden* y *confirmacion;* así, durante mas de quince años, la juventud de nuestro desgraciado país estuvo privada de la dicha de recibir este sacramento, que da la fuerza y el valor de confesar la fé cristiana, bajo el peso de las cadenas, como sobre las gradas del cadalso. Así en la época que intento pintar, los cristianos de todas clases,